



Gutti, Chica en bosque otoñal

Reseña de Jaques Rancière. *Figuras de la historia*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora, 2013. 85 páginas. ISBN 978-987-1673-87-2.

ANTONIO ALÍAS

Universidad de Granada, España

“La historia no ha terminado de contarse en historias”. Con esta aporética sentencia Rancière acaba *Figuras de la historia*, al tiempo que se desmarca de la contingencia que atraviesa toda filosofía de la historia, cuando de alinear se trata las promesas emancipatorias (incumplidas) que a esta disciplina se le suponen. A decir verdad, el filósofo francés cierra en falso su último trabajo teórico con la idea de trasladar un debate que agoniza, el de la propia filosofía de la historia, a un lugar sin fines determinados, pero abierto a nuevas posibilidades realizativas. Nos referimos al arte. Es en éste ámbito, en especial, donde tienen lugar las cuestiones más acuciantes y, a veces, obviadas en la compleja relación existente entre arte e historia. La primera de ellas, como acabamos de ver, acoge el desplazamiento que, de un tiempo a esta parte, se ha producido en torno a aquellas promesas emancipatorias de la historia al terreno de la estética. Significativamente: del discurso culmen sobre el progreso histórico al movimiento artístico como productor (histórico) de historia. La segunda –ya como cuestión estética– trata de señalar que los procedimientos artísticos tales como el cine, la literatura y la pintura –por nombrar los señalados en el libro– no son simples medios creativos centrados en el régimen individual de representación de una obra y sí las formas de distribución de lo sensible (*le partage du sensible*; concepto clave del último Rancière) por las cuales el arte abre, muestra, ocupa y comparte espacios para el disenso social. Más allá de cualquier propósito democrático, sin embargo, esta puesta en común en lo estético estaría formulando una idea que desvela una política –quizá: una ética– de valores y usos históricos en sus variadas manifestaciones. Y así, las distintas prácticas artísticas son, siguiendo al filósofo francés, antes que ejercicios de arte sobre la historia, operaciones propiamente en historia, esto es, maneras de hacer que establecen vínculos sensibles entre los hechos y las representaciones históricas. O afinando conceptualmente: poéticas con las que comprender, lejos de una institucionalización de hechos, datos y personalidades universales, una historia del saber (hacer).

Ambas cuestiones se perfilan, entonces, a lo largo de las páginas del presente estudio estético para la configuración de dichas poéticas, a las que Rancière ha dedicado algunos de sus trabajos críticos más importantes. Lo interesante –hay que señalarlo– es que, en el proceso crítico para la conformación de este nuevo trabajo y en relación con la totalidad de la obra del pensador francés, no sólo se vislumbra un proyecto estético que se antoja magno, sino que también podemos detectar un poética discursiva. Ya que su fijación sobre la historia parte del enfoque de una necesaria memoria presente –“Agradezco al Centro Pompidou, encargado de su publicación, por haberme permitido retomar estos textos, hasta hoy inhallables, para la presente edición”, dice en una nota en la apertura del libro–, el texto resultante no es más que el rescate y su consiguiente ensamblaje crítico de dos estudios pretéritos (que pertenecen al catálogo de la exposición *Ante la Historia*, organizada en 1996 en el Centro Georges Pompidou), sin embargo ahora articulados alrededor de la última querrela entre historia y arte. Por muy anodino que parezca este hecho dentro del ámbito académico, la práctica arqueológica sobre el discurso (aquella postulada por Foucault)

viene, en realidad, a mostrar las líneas de un pensamiento materializado que ha atravesado un tiempo y un espacio –el del discurso mismo– hacia la sempiterna reactualización del saber. Así funcionan los escritos históricos de Rancière. Porque, si *Figuras de la historia* nos quiere mostrar una historia de las poéticas, no puede hacerlo sino mostrándose, asimismo, como un hacer entre discursos que ya fueron. Las dos partes de que aquí se reúnen tras más de quince años, responden, pues, a un poética personal donde otras ideas, textos y debates clausurados con anterioridad, reivindican su presencia. De ahí el coherente y efectivo ejercicio discursivo entre forma y contenido realizado por Rancière: la reorganización de su pensamiento históricamente escrito sobre sus escritos de una historia del pensamiento.

Aunque esta acción de memoria no acaba aquí. Habría un segundo nivel en el que, además de la recuperación textual, son la idea y el concepto los elementos desplazados entre las temporalidades marcadas por los discursos. Ocurre en el primero de los textos, “Lo inolvidable”, donde se reflexiona sobre el que hasta ahora parece su último capricho intelectual, el cine, si no fuera porque, por el contrario, se trata de una pasión temprana (conocida es su vinculación a *Cahiers du cinema* allá por la década de los 70 del siglo pasado). En esta ocasión, y tras su lectura, la crítica cultural es practicada bajo la sombra de dos trabajos fundamentales en la obra del filósofo: *Les noms de l'histoire: Essai de poétique du savoir* (1992) y, sobre todo, *La nuit des prolétaires* (1981). De tal cruce esta cita en la que el concepto de imagen cinematográfica –atendida en este sentido por Deleuze y puesta en práctica por Godard– es catalizador de percepciones históricas y posiciones políticas para una posible emancipación estética: “la historia es el tiempo en el que aquellos que no tienen derecho a ocupar el mismo lugar pueden ocupar la misma imagen”. Alentado, pues, por la represión de la clase obrera deudora de una desigual historia escrita por los vencedores, Rancière conduce sus ideas primigenias –de raigambre política y sociológica– a una recapitulación cinematográfica final, con el objetivo de “dar luz” sobre los aspectos estéticos que, de alguna forma, consiguen escapar a los modos hegemónicos de representación de lo real a lo largo de la historia. Así alcanzaría un doble objetivo para con este proyecto estético-político: por un lado la puesta al día de viejas ideas cuya repercusión teórica se habría desvanecido con la progresiva pérdida de entidad política del comunismo en la actualidad y, a la vez, la valoración en términos sociopolíticos de los objetos artísticos que, como el cine, aparecen engullidos por la industria cultural en el presente.

La segunda parte, “Sentidos y figuras de la historia”, es una vuelta más sobre la reflexión ya iniciada en *Les noms d'histoires* y donde los problemas estéticos de la representación histórica se canalizan mediante lo que antes hemos denominado poéticas. De hecho, ese “conjunto de los procedimientos literarios por medio de los cuales un discurso se sustrae a la literatura, se da un estatuto de ciencia y lo significa” (Rancière, 1992: 17) que definía a estas prácticas poéticas antaño, se despliega sobre “tres poéticas de la modernidad” en el nuevo texto. Las tres corrientes asociadas normalmente con escuelas o corrientes literarias y pictóricas (simbolista, expresionista y (sur)realista) son para Rancière, empero, momentos

importantes donde estética e historia se cruzan en tanto que actos contrahegemónicos frente a los cánones de representación, es decir, una nueva disposición en las relaciones entre lo representado y las formas materiales de su representación.

Este trabajo de Rancière no culmina un proyecto estético ni tan siquiera lo sistematiza. El interés para la publicación de Figuras de la historia reside más en la posibilidad de dar a conocer a la comunidad académica dos textos, en principio, perdidos entre la intrascendente amalgama de publicaciones científicas, que el conocimiento sobre los nuevos derroteros intelectuales de su pensamiento. Aunque eso no le reste mérito para evidenciar el resto intelectual que se esconde en cada gesto de la historia, una historia crítica que no acaba de contarse ni de hacerse.



BIBLIOGRAFÍA

Rancière, Jaques (1992). *Les noms de l'histoire: Essai de poétique du savoir*. Paris: Le Seuil.